

inesperada, suspicaz porque se creía rodeado de enemigos invisibles, hubo de dejarse llevar á actos, que le enajenaron más los ánimos. Muchos de los niños retenidos en Osca fueron vendidos ó degollados: un jefe proscrito que se defiende con suplicios está medio vencido. Con esto se formó una conspiración, cuyo jefe era Perperna, y lo asesinaron en medio de un festín.

Perperna, que ocupó su puesto, no tenía ni los talentos de Sertorio, ni la confianza de las tropas; y así sólo sufrió descalabros hasta que cayó en manos de Pompeyo. Por rescatar su vida, ofreció entregar las cartas de los personajes de Roma, que habían invitado á Sertorio á pasar á Italia. Pompeyo pensaba ya en romper con el senado, y no quiso abandonar á sus venganzas á hombres de que pensaba hacer amigos: quemó pues las cartas sin leerlas y mandó degollar al traidor. Los demás asesinos acabaron lo mismo, excepto uno solo, que oculto en un villajo de los bárbaros, vivió miserablemente, despreciado de sus mismos huéspedes. Plutarco es aficionado á estas historias de venganza divina, y tiene razón: el crimen arrastra su castigo tras sí con más frecuencia de lo que se cree.

Sin embargo, corrió todavía mucha sangre antes de que se restableciera el sosiego en España. Los jefes indígenas que, asociándose á Sertorio, no habían combatido más que

por sí mismos, se encerraron en las plazas más fuertes y se defendieron en ellas durante un año con el encarnizamiento que en todos tiempos mostraron los españoles en los sitios. En Calagurris degollaron á sus mujeres é hijos y se alimentaron con los cadáveres conservados en sal (1).

Después de la muerte de Sertorio, volvió Metelo á Italia, por lo cual hubo de dirigir Pompeyo las últimas operaciones de la guerra, cuya gloria fué toda para él, que parecía haberla acabado solo. En la reorganización de las dos provincias, fundó la influencia que tuvo después en este país, donde existen todavía muchos arcos de triunfo á los cuales refiere su nombre la tradición. Concedió á muchos españoles que lo habían servido el *jus civitatis*; entre los vascones, edificó una ciudad á que dió su nombre, *Pompeión* (*Pamplona*, Pamplona); y en el valle superior del Garona fundó para los restos de las tropas de Sertorio, la de *Lugdunum Convenarum* (Saint-Bertrand de Comminges). En fin, en la última cresta de los Pirineos erigió un fastuoso trofeo, cuya inscripción decía que, desde los Alpes hasta el estrecho de Hércules, había tomado ochocientos setenta y seis ciudades.

Una nueva guerra esperaba en Italia al vanidoso general: Craso lo llamaba contra los gladiadores, como Metelo lo había llamado contra Sertorio.

CAPITULO XLIX

ESPARTACO.—RESTABLECIMIENTO DEL PODER TRIBUNICIO.—GUERRA DE LOS PIRATAS

I. — LOS GLADIADORES (73-71).

Cierto Léntulo, por apodo el *Batuato* (*Batuatus*) (2), ó el Maestro de armas, liberto de algún miembro de la *gens Cornelia*, tenía por su cuenta en Capua cierto número de gladiadores, que alquilaba á los nobles de Roma para sus juegos y fiestas. Doscientos de ellos, en su mayoría galos ó tracios, formaron un complot para escaparse. Descubierta el proyecto, setenta y ocho, advertidos á tiempo, quisieron sustraerse á la venganza de su amo, y entrando en la tienda de un carnicero se apoderaron de cuchillos y hachas y salieron de la ciudad para ganar la montaña, como hace todavía cualquier italiano comprometido en algún lance. En el camino acertaron á encontrar carros cargados de armas de gladiador que iban á otra ciudad, y apoderándose también de ellas, corrieron al Vesubio. El volcán dormía apagado hacía ya mil años, y la vegetación cubría sus pendientes; allí pues encontraron fácilmente donde esconderse y un lugar de difícil acceso. Desde luego eligieron «tres jefes, dos galos, Crixo y Enomao, y un tracio, Espartaco, que á una gran fuerza corporal, añadía una prudencia y una dulzura más dignas de un griego que de un bárbaro. Refiérese que la primera vez que lo llevaron á Roma para venderlo, se vió que, mientras dormía, se le enroscó á la cabeza una serpiente. Su mujer, de la misma nación que él, estaba poseída del espíritu profético de Baco, y hacía el oficio de adivina; y declaró que este signo anunciaba á Espartaco un poder tan grande como terrible y cuyo fin sería dichoso.

(1) *Quoque diutius armata juvenus sua viscera visceribus suis alet, infelices cadaverum reliquias sallire non dubitavit* (Valer. Max. VII., vi, 3).

(2) Del latín *batuere*, batir, pelear, golpear, sacudir, machacar, etcétera.

Á la sazón estaba con él y lo acompañaba en su fuga (73).

Al principio rechazaron á algunos soldados enviados de Capua contra ellos, apropiándose también sus armas. El pretor Clodio, que llegó de Roma con tres mil hombres de tropa, los sitió en sus posiciones. De ellas no se podía bajar sino por un sendero estrecho y difícil, cuya entrada guardaba el pretor con su tropa; fuera de este sendero, todo eran rocas cortadas á pico, por las cuales trepaban algunas vides silvestres. La gente de Espartaco hizo sólidas escalas con los sarmientos de estas vides, y todos bajaron con la mayor seguridad. Uno de ellos quedó arriba para descolgarles las armas que habían dejado aquéllos para no embarazar su descenso.

Atacados súbitamente los romanos, emprendieron la fuga dejando su campamento en poder del enemigo. Este notable triunfo atrajo á los gladiadores gran número de boyeros y pastores de las cercanías, ágiles y robustos. Espartaco armó á unos y se sirvió de los otros, á quienes no alcanzaron las armas, de exploradores y tropa ligera.

Otro general, el pretor Publio Varinio, vino luego contra los insurgentes: estos derrotaron, primero, á uno de sus tenientes que los atacó con dos mil hombres, y otro estuvo á punto de caer en poder de ellos con todas sus fuerzas. El mismo Varinio sufrió muchos descalabros, perdiendo en un encuentro sus lictores y su caballo de batalla, de que se apoderó Espartaco.

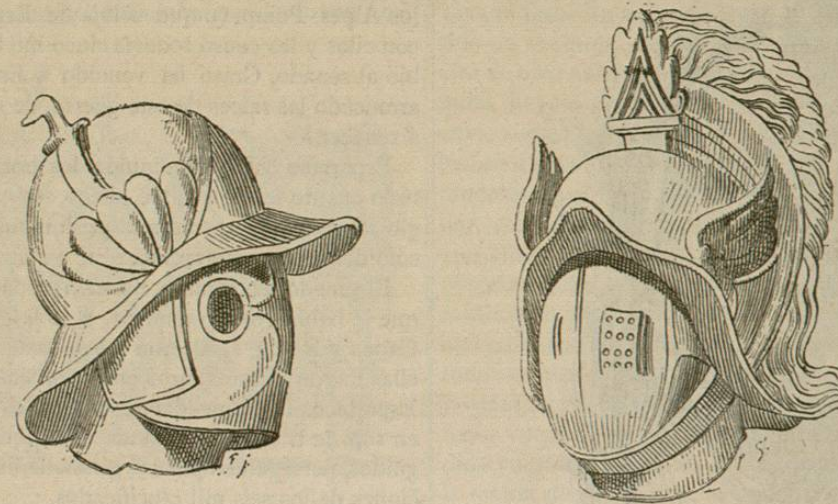
Este jefe de bandidos se revelaba hábil general y previsor político: no se dejó deslumbrar por sus victorias, y mientras los suyos hacían la guerra como esclavos desencadenados contra sus amos, combinaba él planes de campaña, y lo que es mejor, planes de retirada. Comprendía muy bien que sus bandas no podrían nunca triunfar del poder romano, y hubiera querido conducir las hacia los Alpes, á

fin de que cada cual se retirara á su país, los unos á la Galicia, los otros á la Tracia. Pero vengarse y gozar, degollar á los hombres, violar á las mujeres, después del asesinato la orgía en alguna villa ó granja sorprendida, cuyos dueños les servían de escanciadores, y celebrar por un camarada muerto pomposos funerales en que trescientos romanos combatían alternativamente como gladiadores, era todo lo que aquellas almas degradadas por la esclavitud buscaban en la libertad. Así, cuando Espartaco les habló de marchar hacia el Norte, aquellos ribaldos se negaron á seguirlo.

Al principio, se había avergonzado el senado de enviar legionarios contra semejantes enemigos; pero ahora comenzaba ya á temerles. Muchas de las mejores quintas eran ya

cenizas, y aun algunas ciudades, como Nola, Nuceria, Cora y Metaponto habían sido saqueadas con todo el furor de unos hombres que satisfacían al fin grandes resentimientos y rencores. Para salvar los restos de una ciudad, donde no querían dejar alma viviente, tuvo Espartaco un día que dar el toque de alarma, como si se acercaran las legiones, en cuyo caso urgía huir de la ciudad para no ser cercados en ella. Había hecho de Turio su plaza de armas con talleres y almacenes, y desde allí llamaba á la libertad á todos los esclavos, habiendo llegado á reunir hasta cien mil hombres.

La necesidad hizo callar los escrúpulos del senado y puso en pie de guerra dos ejércitos consulares contra unos bandidos que valían más que los soldados (72). Gelio, uno de



Cascos de gladiadores (1)

los cónsules, cayó súbitamente sobre un cuerpo de germanos, que por presunción se había separado de las tropas de Espartaco, y lo derrotó completamente; pero fué menos afortunado contra el grueso del ejército. Léntulo, su colega, que había dividido sus tropas en varios cuerpos para envolver al enemigo, sufrió á su vez grandes descalabros, y no tuvo mejor suerte otro ejército de diez mil hombres que vino de la Cisalpina.

Con esto, en las elecciones del año 71 no se presentó ningún candidato á solicitar el peligroso honor de combatir al héroe que se había presentado bajo el traje de un esclavo.

Craso, aquel teniente de Sila, á quien correspondía todo el honor de la victoria ganada delante de la puerta Colina, se ofreció, en fin, á los sufragios y fué comisionado para la guerra servil con el título de pretor. A la fama de su nombre hubieron de acudir muchos voluntarios y pudieron organizarse hasta ocho legiones. Con ellas fué á acampar al Piceno para esperar á Espartaco que marchaba en esta dirección, mientras su teniente Mumio, haciendo un gran rodeo, seguía de lejos al enemigo, con prohibición expresa de combatir ni aun empeñar una escaramuza.

Sin embargo, en la primera ocasión, ofreció Mumio á Espartaco la batalla, y Espartaco la aceptó en buen hora poniéndole fuera de combate casi todo el ejército, pues los que no murieron al filo de la espada, huyeron cobardemente arrojando las armas.

Craso trató duramente á Mumio, y no dió otras armas á sus soldados hasta después de haberles hecho jurar que en adelante las guardarían mejor; pero quinientos de ellos, que habían dado el mal ejemplo de la fuga, fueron diez mados para sufrir la pena capital.

(1) Según Mazois, pinturas de la casa de Escauro, en Pompeya.

«Espartaco se replegó hacia la Lucania y el Brucio, y en la costa encontró unos corsarios cilicianos, que le inspiraron la idea de lanzar dos mil hombres á Sicilia. Este número hubiera bastado para encender otra vez en la isla la guerra de los esclavos, que recién extinguida, hubiera estallado en un incendio con una sola chispa. Y concluyó un pacto con los piratas, que se hicieron pagar por adelantado y se hicieron luego á la mar dejando en tierra á los que debían haber embarcado.

Espartaco estaba acampado en Regio, y cuando Craso llegó, emprendió la obra de cerrar el istmo con un foso, á fin de ocupar sus soldados y rendir por hambre al enemigo. De una á otra mar hizo abrir, en una extensión de 300 estadios, una amplia zanja de 15 pies de profundidad y á todo lo largo alzó un murete bastante sólido; laboriosa obra que se hizo, sin embargo, en poco tiempo. Espartaco se burlaba al principio de estos trabajos; pero cuando quiso salir á forrajear, se encontró atajado por este muro, y como no podía sacar nada de la península, buscó medios para salir de ella. Una noche que nevaba copiosamente, llenó de tierra, de ramas de árboles y otros materiales una parte de la zanja, por la cual hizo pasar á su ejército. Craso temía que Espartaco se dirigiera derecho á Roma; pero se tranquilizó viendo que el enemigo dividía sus fuerzas. En su seguimiento, por poco no copa á un cuerpo que se había separado del ejército principal; pero Espartaco lo salvó acudiendo de repente en su ayuda.

Craso había escrito al senado representándole la urgente necesidad de llamar á Lúculo de la Tracia y á Pompeyo de España para secundarlo en esta guerra; pero luego se arrepintió de esta gestión, comprendiendo que se atribuiría el honor del vencimiento al que hubiera venido á socorrerlo. Con esto, resolvió terminar la guerra solo, abreviando

las operaciones. Un cuerpo de ejército, todos los galos de la sublevación, acampaba aparte á las órdenes de dos jefes: Craso envió seis mil hombres con encargo de sorprenderlos ocupando una posición ventajosa. Para no ser descubiertos, los legionarios hubieron de ocultar sus cascos bajo ramas de árboles; pero los vieron dos mujeres que hacían sacrificios á la entrada del campamento y hubieran corrido el mayor peligro, si Craso no llegara á punto con todo su ejército.

»Este fué el combate más sangriento de toda la campaña: quedaron sobre el campo de batalla doce mil rebeldes, de



Maga, ó hechicera (1)

los cuales sólo dos estaban heridos por la espalda; todos los demás habían caído en su puesto de combate, heridos como todos los valientes, por delante.

»Después de esta derrota, se retiró Espartaco á las montañas de Petelia (Strongoli, en Calabria), seguido de un teniente y de un cuestor de Craso. De repente se revolvió contra ellos y los batió y puso en fuga; pero este triunfo inspiró á los fugitivos una confianza que fué su perdición. No quisieron rehuir el combate ni obedecer á sus jefes, y cuando éstos se pusieron en marcha hacia el Norte, los rodearon con gritos y amenazas obligándolos á salir al encuentro de los romanos. Esto favorecía las miras de Craso, que acababa de recibir la noticia de la próxima llegada de Pompeyo; de que ya en los comicios hablaban de él muchos diciendo en alta voz que le estaba reservada esta victoria, y que en cuanto llegara su solo nombre bastaría para terminar esta guerra.

(1) Estatua de mármol, Museo del Capitolio, t. III, p. 62.

»Craso acampaba lo más cerca que podía del enemigo. Un día que hacía abrir una zanja, las tropas de Espartaco cargaron sobre sus trabajadores, y como por uno y otro lado venían sin cesar refuerzos, se vió Espartaco en la necesidad de poner todo su ejército en línea de batalla. En el momento de empeñar la acción mató su caballo diciendo: «Si venzo, la victoria me dará mejores caballos; si soy vencido, no necesito ninguno.» Y en diciendo esto se lanzó á las líneas romanas, mató dos centuriones buscando á Craso y quedándose solo al fin, por la fuga de todos los suyos, vendió muy cara su vida (71) (2).»

De aquel temible ejército sólo quedaban ya algunos despojos, que adoptando ahora el designio de su valeroso y malogrado caudillo, se dirigieron al Norte para penetrar en los Alpes. Pompeyo que volvía de España hubo de topar con ellos y les causó todavía cinco mil bajas. «Craso, escribió al senado, Craso ha vencido á Espartaco; pero yo he arrancado las raíces de esta guerra, de modo que no vuelva á renacer.»

Espartaco había disminuído los horrores de esta guerra todo cuanto le fué posible, dicho sea en su honor. En Regio se encontraron tres mil prisioneros romanos, que á él sólo debieron su salvación.

El senado, en cambio, no tuvo piedad para con aquellos que le habían hecho temblar. A lo largo del camino, entre Capua y Roma, se alzaron luego hasta seis mil cruces y en ellas fueron puestos otros tantos prisioneros del ejército de Espartaco. Los vencedores, coronados de flores, entraron en son de triunfo en la ciudad por aquella vía lúgubre, seguidos, perseguidos por los gritos de dolor y por las maldiciones de los seis mil crucificados.

Ausente de Roma, hacía ya siete años, el afortunado Pompeyo era esperado con impaciencia por el pueblo, que levantaba á las nubes la gloria del héroe invencible. Craso no obtuvo más que la ovación. Había combatido contra cien mil enemigos; pero Roma no quería confesar que había tenido otra vez miedo, que había temblado otra vez ante sus esclavos.

II. — RESTABLECIMIENTO DEL PODER TRIBUNICIO (70).

En Atenas, en el templo de Minerva, había columnas móviles que giraban al menor esfuerzo de la mano y en las cuales estaban grabadas las leyes. Era una imagen de la movilidad misma de aquellas repúblicas antiguas que cambiaban bajo la mano del pueblo al tenor de las circunstancias ó al arbitrio de un hombre, girando siempre en un círculo fatal, ya de Solón á Pisístrato, ya de Hipias á Clístenes, ó bien de Aristides á Cleón. Desde que Roma perdió su amor á las antiguas leyes y á las costumbres que las sostenían, su vida, como la de Atenas, no fué ya sino una revolución permanente. No estando separado el poder constituyente del poder legislativo, un cónsul, un tribuno, ó la asamblea soberana deshacía el día siguiente lo que se había hecho la víspera (3).

Durante su consulado, había restablecido Lépidio las distribuciones de trigo á precio reducido, suprimidas por Sila: en el año 77, fracasó su tentativa á mano armada para destruir la obra entera del dictador; pero el año siguiente, el tribuno Sicinio, sostenido por César, estuvo para conseguirlo. Si no obtuvo nada, habló á lo menos al pueblo, y á pesar de la ley Cornelia que no había dejado subsistir más que una vana sombra del tribunado, *inanis species*, obligó con sus sarcasmos á los cónsules á contestarle.

(2) Plutar. Cras. y Apian. Bell. civ. I, 14.

(3) *Et corruptissima republica plurime leges* (Tac. Ann. III, 27).

Poco tiempo después murió asesinado (1). Llevaba el nombre de tribuno del pueblo, creado en el monte Sagrado, cuatro siglos antes, y no se podría decir que no fuera uno de sus descendientes. Si cayó al odio de los nobles, acaso pagó por sí mismo y por el fundador del cargo que parecía á algunos más odioso ahora que nunca.

Pero el auxiliar que los primeros tribunos encontraron en tiempo de Coriolano, hubo de servirles todavía: el hambre causada por las malas cosechas, y sobre todo, por las hostilidades de los piratas que apresaban los abastecimientos de Roma, exasperó al pueblo, y para calmarlo, uno de los cónsules del año 75, C. Cota, restableció la distribución de las cinco medidas de trigo al mes, *annona* (2), y propuso devolver á los tribunos el derecho de arengar al pueblo y aspirar á los cargos. Sin embargo, el tribuno Opi-



Soldados romanos (3)

mio, que hizo una rogación contraria á las leyes Cornelias; y quiso oponer su veto á un senadoconsulto, perdió en un juicio sus bienes y honores.

La reacción iba lentamente, pero ayudada por el mismo abuso que el senado hacía de su victoria, iba entregando á los aliados al pillaje y vendiendo la justicia en los tribunales. «Estos desórdenes no cesarán, repetía el tribuno Quincio, sino cuando se haya reintegrado en sus derechos á aquellos vigilantes magistrados, cuya incorruptible actividad inspiraba un saludable temor.»

Quincio consiguió el triunfo de hacer que se condenara á C. Junio, presidente de un tribunal, y acusó á muchos jueces. Pero Láculo, cónsul entonces (74), le hizo callar, acaso comprando su silencio.

El año siguiente llegó al tribunado un hombre de talento y de audacia, Licinio Macer, uno de cuyos discursos poseemos, salvado de tantos naufragios.

«¿Qué diferencia, decía, qué diferencia entre los derechos que os dejaron vuestros mayores y la servidumbre á que Sila os ha reducido! Los que fueron constituídos para

(1) Cic. Brut. 60. Macer dice *circumventus est*, y más lejos, *ad exitium usque insantis tribuni dominatus est* (el cónsul Curión). Este período fué más agitado que lo haría creer la penuria de documentos que nos quedan; en el *pro Cluentio*, 34, habla Cicerón de un cuestor que procura sublevar el ejército y de un senador, condenado por haber sublevado una legión de Iliria. Macer (*in Sall. Hist. fragm.*) habla del despotismo ejercido por Cátulo, de los tumultos del consulado de Bruto y de Mamerco, y de la tiranía de Curión, á quien imputa la muerte de Sicinio.

(2) No se dice que Cota la hubiera restablecido, pero Macer habla de estas distribuciones como de cosa reciente, y más arriba, cita á Cota como jefe de un tercer partido que quiere engañar al pueblo con frívolas concesiones. (Sal. *Hist. fragm.*)

(3) Del arco de Constantino. Saglio: *Dic. de Antig. grieg. y romanas*, fig. 874, p. 747.

defenderos han vuelto contra vosotros la fuerza que les habíais dado. Han aceptado la dominación de algunos hombres, que á favor de las guerras se han apoderado del tesoro de las legiones y de las provincias. Cualesquiera que sean los pretextos que hayan hecho valer en sus sangrientas rivalidades, no se ha tratado por una ni otra parte sino de saber quién sería vuestro amo (4). Un solo objeto se ha perseguido, el de arrebatáros el arma que se os había dado para ser libres: el poder tribunicio. No, no llaméis reposo á lo que es esclavitud; y pensad que si no atajáis el mal, todavía remacharán vuestras cadenas.

»¿Qué hemos de hacer? me preguntaréis. En primer lugar renunciar á la costumbre de gritar mucho y no hacer nada, de perder de vista la libertad, en cuanto perdéis de vista el foro. En segundo lugar, puesto que toda fuerza reside en vosotros, convencersos bien de que tenéis el derecho de ejecutar ó no ejecutar las órdenes que se os comuniquen. Esperáis que Júpiter ó cualquiera otra divinidad os envíe signos favorables; pero esos mandatos de los cónsules, esos decretos de los padres, los ratificáis vosotros prescindiendo de la obediencia. No hay que tomar las armas, no hay que hacer una nueva *secesión*, limitaos á no dar vuestra sangre. Dejadlos pues que gobiernen y manden á su manera, que ellos solos busquen triunfos; que ellos solos combatan á Mitrídates y á Sertorio con las imágenes de sus ilustres ascendientes. Negaos á las fatigas y peligros que os exijan, toda vez que ellos os niegan participación en los provechos y ventajas; á menos que no creáis que están bien remunerados vuestros servicios con la ley frumentaria y bien vendida vuestra libertad al precio de cinco modios de trigo; la ración de un cautivo, lo que se le da para que no se muera de hambre.»

Macer no aconsejaba que se negaran al impuesto (5), como se ha hecho entre los modernos, porque no había ya impuestos en Roma; proponía la negativa al servicio militar, cosa nueva y grave, porque no estaban aún vencidos Sertorio ni Espartaco; Mitrídates se alzaba otra vez en son



Moneda de Regio (6)

de guerra; la Tracia exigía expediciones repetidas y los piratas infestaban el mar. Si se le hubiera escuchado, la no-

(4) Fedro I, xv, repitió esta idea, cuya exactitud reconocieron los romanos de aquel tiempo:

In principatu commutando sapius

Nil prater domini nomen mutant pauperes.

(5) Macer añade unas palabras que deben retenerse para la inteligencia de las leyes frumentarias: «Ese trigo que se os da es propiedad vuestra, *vestrarum rerum*, y esa largueza miserable no basta á libraros de los cuidados domésticos, *neque absolvit cura familiari tam parva res.*» Tiene razón sobre el primer punto y todas las declamaciones habituales no harán que en las ideas de los antiguos no fuera propiedad del pueblo un tributo pagado en especie. Tiene también razón en el segundo: una familia no podía vivir con esos cinco modios de trigo al mes. Esta asistencia no dispensaba de trabajar á los pobres de Roma, como los socorros dados á los nuestros no los hacen vivir tampoco en la pereza.

(6) Cabezas unidas de Apolo y de Diana. Reverso, PHΓINΩN y una trípode. Moneda de bronce de Regio.

bleza había sacrificado ciertamente sus rencores á la salud de la república; mas para seguir el consejo de su tribuno, hubiera sido menester que el pueblo tuviera un espíritu de disciplina y una resolución que no tenía ya.

El pueblo, pues, continuó, como decía Macer, gritando en vez de obrar. Pero gritaba mucho: clamaba contra los tribunales de Sila, donde el senador que había devorado una provincia estaba seguro de la impunidad, á condición de abandonar parte del despojo á sus colegas de Roma y ahora sus jueces; y encomiaba la dichosa severidad de la antigua censura, los benéficos efectos del veto tribunicio, cosas muertas entonces, pero que reviviendo devolverían á la república el reposo y la dignidad.

Desde el fondo de España esperaba Pompeyo estas quejas, y gracias á la hábil moderación de su conducta, los dos partidos le tenían igualmente y todos á la vez esperaban en él. Con esto, tomó el papel de mediador y escribió á Roma diciendo que si no se restablecía entre el senado y el pueblo la necesaria armonía, él mismo trabajaría á su vuelta para conseguirlo. Otro general, que llegó á ser emperador, comenzó así su fortuna política hace ochenta años. El senado ni era más previsora ni más fuerte que el Directorio: como él, viviendo de expedientes y al día, aceptó para ganar algunos meses, esta intervención amenazadora de un caudillo militar, y contestó á los tribunos que era preciso esperar la vuelta del gran Pompeyo (72).

Llegó á fines del año siguiente y el pueblo hubo de granjearse su buena voluntad con sus espontáneos aplausos (71). Toda Roma salió á recibirlo, y más bien recibió que pidió el consulado y el triunfo. Como había sido general antes de ser soldado, fué cónsul sin haber sido cuestor, edil ni pretor (1). Casi olvidado Craso en esta ovación de su rival, á pesar de sus servicios á la república y sus profusiones al pueblo (2), no se atrevió á manifestar su desagrado; y sólo después de haber obtenido el beneplácito de Pompeyo, solicitó con él mismo el cargo de cónsul.

Hay dos clases de ambiciones, la de los hombres superiores que se sienten con alientos para realizar grandes cosas y la de los ineptos ó incapaces que buscan el poder por los gocees que proporciona. Los Gracos, Sila y César tuvieron la primera de estas dos categorías; Mario y Pompeyo, la segunda. Hacía seis años que Pompeyo se mantenía alejado de los partidos; pero acabada la guerra, recobraba el foro su vida: allí era donde iban á hacerse de nuevo las reputaciones y á ganarse el poder. So pena de caer muy pronto en la oscuridad, era preciso hablar y definirse, tomar color. Pompeyo se decidió. ¿Será por el senado ó por el pueblo?

Ni sus antecedentes ni el bien del Estado fijaron sus resoluciones. El senado tenía jefes según su corazón, bien penetrados del espíritu de cuerpo, sin mucha ambición personal, y amigos de la legalidad, tal á lo menos como la había hecho Sila. Cátulo, por ejemplo, era el oráculo de aquella asamblea, y Lúculo, su héroe. En el senado, Pompeyo se hubiera eclipsado. Recordaba que después de sus victorias contra Lépido, se le quiso obligar á licenciar sus tropas. Fuera de esto, Sila no había dejado nada que hacer por la nobleza, ni nada por consiguiente podría hacer él por ella para obligarla á reconocimiento. El pueblo al contrario; todo lo esperaba para darlo todo: Pompeyo se pasó, pues, al pueblo.

(1) Era tan extraño entonces á los negocios civiles, que hubo de rogar á su amigo Varrón le hiciera una memoria sobre administración interior, especie de manual consular sobre lo que un cónsul tenía que decir ó hacer en el senado. (Aul. Gel. Noct. Att. XIV, vii).

(2) Plutarco en Craso. Convidó al pueblo á un festín servido en diez mil mesas y le distribuyó trigo para tres meses.

En una asamblea convocada por un tribuno á las puertas de la ciudad, antes de su triunfo, había declarado que era preciso librar de sus trabas á la magistratura popular, del pillaje á las provincias, de la venalidad á los tribunales, es decir destruir en todas partes la autoridad del senado y la obra del dictador. En los primeros días de su función consular una ley Pompeya, muy combatida por los jefes del senado, pero apoyada por Craso y por César, devolvía al tribunado todos sus derechos. Las legiones pompeyanas acampadas á las inmediaciones de Roma no habían permitido al senado hacer una resistencia más enérgica (70).

Después del pueblo, llegó su turno á los caballeros. Estos obtuvieron el restablecimiento del arriendo de los impuestos en Asia, y reclamaron las judicaturas tan tenazmente como el pueblo había reclamado el antiguo tribunado. Sobre este último punto, Pompeyo dejó á otros la iniciativa.

Cicerón, muy valiente en el foro y en la curia, donde quiera que la palabra es un arma, lo era ya menos en la conducta ordinaria de la vida. Después de las dos oraciones, una de las cuales, á lo menos, era un ataque directo á la legislación corneliana, habíase alejado prudentemente de Roma, dirigiéndose á Atenas y Rodas á tomar de los griegos el único bien que les quedaba, el arte de Isócrates y de Platón (3).

Roma había visto ya grandes oradores; jamás aquella armoniosa abundancia, aquella brillantez de dicción, aquella inspiración inagotable, aquella nitidez de palabra que selló la lengua latina con un sello indeleble. A los treinta años entró Cicerón en los cargos por la cuestura de Sicilia, que desempeñó con honor (75), y pretendía la edilidad, cuando los sicilianos vinieron á confiarle su venganza contra Verres. Cicerón vió que en medio de la reacción que se operaba y que él había aplaudido, esta causa podía elevarse á la altura de un grande acontecimiento político. Aunque miembro del senado desde su cuestura, pertenecía al orden ecuestre, y de este lado estaban sus amistades, sus intereses y sus ideas políticas (4). Cicerón quería hacer que se devolvieran á los caballeros las judicaturas que Cayo les había dado para reformar aquel orden intermedio, *medius ordo*, que debía mantener el equilibrio en el Estado.

Ahora bien, Verres era senador: los Metelos y los Escipiones lo apoyaban, el cónsul designado, Hortensio, estaba encargado de su defensa, y el acusado decía á quien quería oírlo que estaba seguro de la impunidad porque había hecho de sus rapiñas de tres años tres partes iguales, una para su defensor, otra para sus jueces y otra para sí. Cicerón lo atacó audazmente y desde las primeras palabras mostró su pensamiento (70).

«Hace mucho tiempo que cunde hasta por las naciones extranjeras una opinión funesta para la república. Dícese que hoy en vuestros tribunales el hombre culpable, si es rico, no es condenado nunca.» Después recuerda las palabras de Cátulo, echando en cara á los senadores haber hecho necesario con su venalidad como jueces el restablecimiento del poder tribunicio; y estas otras de Pompeyo: «Las provincias están entregadas al pillaje, la justicia á la pública subasta: hay pues que cortar estos desórdenes.» — «Sí, exclama el orador, y yo contraigo aquí el solemne compro-

(3) Se explica esta permanencia de dos años en Grecia (79-78) por motivos de salud y por el deseo de terminar su educación literaria. Es muy posible. El 79 había abdicado ya Sila.

(4) Al mismo tiempo iba á servir los intereses de su partido y los suyos propios. Hortensio reinaba entonces en el foro; pero las Verrinas le arrancaron la corona. En lo sucesivo estos dos oradores abogaban casi siempre por la misma causa, pero Hortensio hacía que Cicerón hablara el último (Cf. *pro Murena*, *pro Rabirio*, etc.).

miso de contribuir á esta noble empresa, en cuanto sea edil. Entonces, desde lo alto de esa tribuna en que el pueblo romano quiere que le dé cuenta de los intereses de la república, revelaré todos los horrores é infamias que se han cometido en la administración de justicia durante los diez años en que el senado ha tenido á su cargo las judicaturas.» Y se atrevió á decir olvidándose de Rutilio y de tantas otras escandalosas absoluciones: «Yo diré porqué durante los cincuenta años en que han juzgado los quirites, ninguno ha sido convicto de haber vendido su conciencia.»

Después de la primera audiencia, huyó Verres espantado abandonando á los sicilianos cuarenta y cinco millones de sesterces. Pero la elocuencia vengadora lo persiguió hasta en el destierro, porque Cicerón escribió lo que no había podido decir; desarrolló ampliamente el pavoroso cuadro de sus crímenes y acabó como había comenzado, con amenazas contra los nobles.

«Mientras la fuerza la obligó, sufrió Roma el despotismo real: lo sufrió ciertamente; pero desde que el tribunado ha recobrado sus derechos, vuestro reinado ¿no lo comprendéis? vuestro reinado pasó ya.»

En efecto, no pudo sobrevivir á estas escandalosas revelaciones. Un tío de Cesar, el pretor Aurelio Cota, propuso é hizo aceptar una ley, por la cual se volvió á la sabia combinación de Plaucio Silvano: las judicaturas se repartieron entre los senadores, los caballeros y los tribunos del tesoro (1).

Cicerón triunfaba. El recuerdo de esta brillante victoria no impidió, sin embargo, algunos años después, que el acusador de Verres viniera á ser el defensor de Fonteyo, que había entrado á saco la Narbonesa, como aquél la Sicilia; pero á los ojos del grande orador el arte de la palabra se anteponía á todo, aun á la justicia. De ella no siempre se curaba, porque «el lenguaje que usaba era el de la causa, no el del orador;» y siempre hay de estos artistas de la palabra para las defensas imposibles.

Este año 70 fué para los senadores el año de las expiaciones. La restitución al tribunado de sus antiguos derechos les quitaba la mitad de lo que Sila les había dado, y el juicio de Verres les quitaba la otra mitad. Humillados como cuerpo político, fueron también alcanzados por la censura, que reaparece igualmente en esta fecha decisiva: sesenta y cuatro senadores fueron degradados, y Cicerón perseguía aún con sus sarcasmos esta misma degradación de la nobleza.

Así, tanta sangre derramada no había podido hacer vivir ocho años la obra de Sila, mientras reaparecía la constitución de los Gracos.

Cuando los censores hicieron la revista del orden ecuestre, Pompeyo, que aunque cónsul, no era todavía senador titular (2), se presentó como simple caballero, á fin de hon-

(1) Los tribunos del tesoro, *curatores* de las tribus, estaban antiguamente encargados de distribuir los haberes á las tropas. No se sabe cómo, unos funcionarios que en su origen eran los *tribuni aerarii*, vinieron á ser una clase de ciudadanos: sin duda en razón de sus antiguas funciones rentísticas, debieron haber estado sujetos á poseer un censo determinado que respondiera de su gestión, y su nombre de *tribuni aerarii*, acabó por aplicarse á todos los que tuvieran el mismo censo, como se tomó el de caballero para todos los que tenían el censo ecuestre. En los últimos tiempos de la república, el censo ecuestre era de 400,000 sesterces, y el de los jueces ducenarios de Augusto será de 200,000. Puede suponerse que los tribunos del tesoro debían tener una fortuna intermedia, 300,000 sesterces, porque en las leyes judiciales de Augusto se colocan entre los caballeros y los ducenarios. En este caso habrían sido los ciudadanos de la segunda clase, formando la primera los caballeros y la tercera los ducenarios.

(2) No podía serlo, porque antes de su consulado no había ejercido ningún cargo senatorial que le hubiera dado el *ius sententiæ dicende*.

rar el nuevo poder de su orden (3). El cónsul bajó al foro llevando su caballo del diestro. — «¿Has hecho todas las campañas que exige la ley? le preguntó uno de los censores. — Sí, contestó Pompeyo en alta voz; las he hecho todas, y nunca he tenido más general que yo mismo.»

Esta altiva respuesta era un ultraje á la igualdad y á las leyes del país, que exigían grados inferiores para ser general; pero la multitud que no quería más que un amo, aplaudió con entusiasmo este arranque; los censores mismos se levantaron y lo acompañaron á su casa, seguidos de todo el pueblo.

Pompeyo era por el momento el héroe del pueblo; pero ningún héroe popular estuvo jamás peor preparado para desempeñar su papel. Vivir entre la multitud, rozarse con todos y cada uno, tomar á pechos los intereses aun de los más oscuros ciudadanos, conocerlos por sus nombres, mostrar actividad infatigable por sus derechos y hasta por sus placeres, hablar, abogar por todos: he aquí la ruda vida de un demagogo. Pero Pompeyo, acostumbrado desde la infancia al mando, repugnaba cortejar á la multitud; ni su carácter frío y grave se dejaba llevar á los arrebatos del foro (4). Hubiera representado dignamente un imperio pacífico, y no estaba en situación en una república tempestuosa: así bien podemos predecir, que llevado de sus instintos, á pesar de su ambición, acabará por volver al partido de los nobles. En los dos años que siguieron á su consulado, rara vez se presentó en público, y siempre acompañado de un numeroso cortejo que apartaba la multitud como delante de un rey. Sin embargo, comprendió que este inactivo reinado llegaría á cansar al pueblo, y que sería prudente mantener vivo su entusiasmo con nuevos servicios. Sólo una guerra podía ofrecerle esta ocasión.

III. — GUERRA DE LOS PIRATAS.

Después de la conmoción impresa por los Gracos á la república, no había ya más que disturbios por dentro y sublevaciones por fuera. Si en esta lucha pereció la libertad, la dominación á lo menos se salvó, y los provinciales recayeron bajo un yugo más duro todavía. Pero en todas las épocas de servidumbre, hay hombres que prefieren ser bandidos á ser esclavos. La inmensa mar, la mar libre fué el asilo de los que no querían vivir bajo el imperio de la ley romana. Y se hicieron piratas, y como el senado había destruído las marinas militares sin reemplazarlas, los provechos eran ciertos, los peligros nulos. Con esto, esta especie de bandolerismo hubo de tomar en pocos años un desarrollo inesperado y verdaderamente espantable. En sus guerras, recibió de ellos Mitridates importantes servicios. Cuando, á la orden de Sila, el rey licenció sus flotas, todos sus marinos fueron á aumentar el número de los piratas. De todas partes acudían á ellos los aventureros de rudo valor y fiera codicia. Los espúreos de todos los partidos, los desesperados de todas las causas, los arruinados por la guerra ó por sentencia de justicia, los ciudadanos desterrados de sus hogares, los esclavos fugitivos, todos los perdidos tenían cabida en aquella infame armada.

También se vieron personajes distinguidos por su naci-

(3) Algún tiempo después, el año 67, el tribuno Roscio Otón fijó en la cantidad de 400,000 sesterces (más de 80,000 francos) el censo de los caballeros, y les señaló en el teatro catorce hileras de asientos separadas ó sea de distinción. (Tito Livio, *Epit.* XCIX; Dionisio, XXXVI, 25; Cic., *pro Murena*, 19; V. Paterc. II, 32.)

(4) Se le verá después enfrente de Clodio. En Mileto, el orador Esquines que habló muy libremente en su presencia, fué condenado á destierro, donde murió el infeliz (Strab. IV, 1, 7).